

*Esta obra obtuvo en 2010 el Segundo Premio
del XXIX Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».*



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: Manuel L. Alonso, 2011
© De las ilustraciones: Eugenia Ábalos, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2011

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-1365-4
Depósito legal: M-8567-2011
Impreso en Estudios Gráficos Europeos, S.A.
Polígono Industrial Neisa Sur
Avda. Andalucía, km 10,300
28021 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Manuel L. Alonso

PRIMERA NIEVE, ÚLTIMO SOL

SEGUNDO PREMIO DEL
XXIX CONCURSO DE NARRATIVA INFANTIL
«VILA D'IBI» 2010

Ilustración: Eugenia Ábalos

QUERIDO LECTOR

Te voy a contar un pequeño secreto relacionado con mi trabajo: encontrar un título para un nuevo libro no siempre me resulta fácil.

En esta misma colección se han ido publicando otros libros míos: *Jim*, *La isla de las montañas azules*, *Los superhéroes no lloran* y *Vacaciones peligrosas*. Algunos de esos libros cambiaron de título muchas veces antes de llegar a manos del lector.

En cambio, *Primera nieve*, *último sol* tuvo este título desde que escribí las primeras líneas. La explicación es muy sencilla: sabía muy bien lo que quería contar. Me interesaba mostrar una historia de amistad que fuera especial, hecha de contrastes, de opuestos, como una soleada tarde de verano y un frío día de invierno. Dos amigos, una niña y un anciano, diferentes en todo.

A veces, la amistad se produce porque nuestro amigo, nuestra amiga, en lugar de parecerse a nosotros es muy distinto, y eso mismo es lo que nos atrae. Es como si solamente cuando estamos juntos tuviéramos la sensación de estar completos, enteros, de no necesitar nada más para sentirnos bien. Si aún no has tenido ninguna amistad de esa clase, espero que un día la encuentres, porque es una de las mejores cosas de la vida.

Y ahora, te dejo con otra de las cosas buenas que se pueden disfrutar a cualquier edad: la lectura. Puede que no siempre tengamos un buen amigo, pero siempre hay un buen libro que nos espera.

Solo hay que encontrarlo.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'M. E.', written in a cursive style with a long horizontal stroke at the end.

1

LA CASA DEL HOMBRE MUERTO

MMAGDALENA se despertó de golpe a medianoche con la impresión de que algo estaba a punto de ocurrir.

Calculó que apenas había dormido una hora, y se preguntó qué era lo que la había despertado.

Oyó el llanto del nene y estuvo a punto de ir a atenderle, pero cuando ya se levantaba pudo oír la voz de su madre que trataba de calmarlo: «ea, ea, mi nene».

En la casa todos decían «el nene», como si el bebé no tuviera nombre. Hacía seis meses de su nacimiento, y en ese tiempo ella había llorado muchas veces pensando que, desde que estaba él, sus padres ya no la querían como antes. En cambio, en otros momentos se sentía tan contenta de tener un hermanito que bailaba por la casa con él en brazos.

Se dio cuenta de que también se oían aún en los jardines vecinos las voces de los trasnochadores que no se decidían a meterse en la cama.

Era una de las noches más calurosas del verano.

Al cabo de un rato se levantó, fue descalza a hacer pis y, como siempre que entraba al baño, se miró al espejo haciendo una mueca.

No era presumida como algunas de sus compañeras, que todo el tiempo hablaban de ropa y cosas así. Ni siquiera se encontraba guapa. A su mejor amiga le había confesado que se veía normalita, y algunos días ni eso.

No tenía los ojos excesivamente grandes, y a veces se tapaba la boca al sonreír, porque en una caída mientras jugaba, al principio de las vacaciones, se había roto uno de los dientes delanteros, los que su madre llamaba palas.

Llevaba el pelo muy largo. De pequeña lo había tenido de un rubio muy bonito, pero con el tiempo se le había vuelto castaño, como sus ojos.

Tenía nueve años recién cumplidos, y a veces se preguntaba cómo sería, físicamente y en otros aspectos, cuando tuviese el doble de edad, pero no tenía ninguna prisa por crecer. Ya había perdido bastantes privilegios con la llegada del nene, y le habían dado ganas de volver a ser una niña pequeña.



Echó un vistazo distraído por la ventana del baño, y fue entonces cuando lo vio. El hombre de la casa de enfrente.

Solo era una silueta inmóvil en la oscuridad. Se acordó con un estremecimiento de lo que habían dicho unos días antes los chicos de la calle:

—Están preparando la casa deshabitada porque va a venir alguien a vivir en ella.

Eran media docena de chicos y chicas alrededor de los columpios del parque. Todos tenían más o menos la misma edad y vivían allí desde siempre. Amigos de toda la vida. Aunque Magdalena apenas los veía fuera de las vacaciones, porque ninguno de ellos iba a su colegio.

—¿Alguien sabe quién va a venir a vivir ahí?
—preguntó uno.

—Un viejo que no tiene familia —explicó Marijose, que se enteraba siempre de todo.

Al día siguiente fue ella la que dio la noticia:

—Ya han traído al viejo, y está muerto.

Estaban los mismos del día anterior. Susana, la mejor amiga de Magdalena, que era muy asustadiza, soltó un gritito y se llevó las manos a la boca. Los chicos se mostraron escépticos.

—Lo han traído en una ambulancia esta mañana —explicó Marijose—, lo han sentado en una silla, y desde entonces está ahí sin moverse.

Marijose vivía al lado de Magdalena, de modo que también podía ver la casa misteriosa desde la suya.

—¿Cómo sabes que no se ha movido? —preguntó el pequeño Raúl, que aunque tenía la misma edad que los demás era bastante más bajito.

—Me he tenido que pasar todo el día en casa por culpa del asqueroso cuaderno de vacaciones —respondió Marijose—, y ni por la mañana ni por la tarde le he visto moverse. No se levanta, no come, no va al baño. Para mí que está muerto.

—Tendrá alguna enfermedad que no le permite moverse —objetó Magdalena.

—Míralo tú misma desde tu casa, y ya me dirás lo que ves.

Aquella conversación había tenido lugar hacía una semana, y desde entonces, en efecto, Magdalena no había visto moverse al hombre.

Algunos chicos fueron a espiar a través de la cerca, y tampoco pudieron ver otra cosa que el hombre inmóvil en su silla de respaldo recto, junto a una ventana. La casa pasó a ser llamada por todos «la casa del hombre muerto». Luego se cansaron de la novedad y ya no volvieron por allí.

Magdalena había visto un par de veces a una mujer que llegaba por las mañanas con bolsas de

la compra, y al irse a mediodía salía de espaldas fregando el suelo de la entrada.

Le extrañaba que dejaran al anciano solo, y se lo contó a su madre, quien le dijo que seguramente el hombre tenía un teléfono especial para comunicarse con la Cruz Roja o algo parecido si se ponía repentinamente enfermo.

Magdalena lo veía a contraluz, con el rostro en penumbra, de forma que no podía saber adónde miraba él. En ocasiones tenía la sensación de que la observaba.

Aquella noche de tanto calor en que el nene no paraba de llorar y se oía la voz de la madre tratando de calmarlo, «ea, ea», todo cambió.

Fue la primera vez que Magdalena se asustó de veras, más que si hubiera tenido la prueba de que el hombre estaba muerto. Porque en el instante en que ella lo miraba, sucedió aquello.

Un temblor de hombros, un estremecimiento del extraño sentado en la silla.

El resto de su cuerpo permanecía rígido en la misma postura de siempre. Solo sus hombros se agitaban.

Mientras corría hacia la cama con el corazón acelerado y la impresión de haber asistido a un terrible secreto, Magdalena comprendió que lo que acababa de ver solo podía significar dos co-

sas: o el hombre se estaba riendo, o estaba llorando.

Se acostó, y al cabo de un momento volvió a levantarse para cerrar la ventana a pesar del calor. Así, si el hombre iba a por ella, no podría entrar.

Pasó un largo rato hasta que ya no se oía ninguna voz, ni dentro ni fuera de la casa. Solo el silencio de la noche.

Cuando por fin se durmió, fue para caer en una pesadilla.